

E

l Concilio Plenario Venezolano no puede hablar al país de un modo convencional, diciéndole lo que se espera que diga la institución eclesiástica, lo que le toca decir a una de las instituciones fundamentales del orden establecido. Esas palabras consabidas, que nada cuesta decirlas, no se escuchan, porque no son palabras de peso; en rigor, porque no dicen nada. Proferirlas es un acto ritual que se acaba en sí mismo. Ningún sujeto concreto está detrás de ellas ni se dirigen a ningún destinatario concreto esperando una respuesta que transforme la situación. Por eso, no comprometen a acciones específicas, que, al incidir estructuralmente en la situación, resultan onerosas y aun expuestas a quien las dice. Tan despojadas están de todo propósito trascendente que ni siquiera implican un seguimiento.

Comunicar esperanza



LA ESPERANZA NO ES DOCTRINA SINO BUENA NUEVA

Una de las más legítimas peticiones que se pueden hacer al concilio es que en esta situación de desilusión, de perplejidad y de postración colectivas se proponga, como encargo insoslayable del Dios de Jesús, comunicar esperanza. Si la Iglesia venezolana no somos capaces de comunicar esperanza a nuestros conciudadanos es que somos infieles al encargo que Dios nos da. Porque la Iglesia ha recibido la misión de evangelizar, es decir, de comunicar la noticia más hermosa y alegre que se puede dar. Esa noticia está ligada a Jesús de Nazaret. Pero no como una declaración de principios, sino como un acontecimiento.

La Iglesia venezolana sólo podrá proclamar la buena nueva que nos viene por Jesús, si ella misma ha descubierto ese tesoro que colma sus vidas. Una Iglesia que lo único que tenga para dar sea una doctrina, una ética y unas ceremonias, que ha heredado del pasado y las trasmite con más o menos convicción, no es capaz de engendrar esperanza en nadie, porque no es una Iglesia evangelizada, es decir, una Iglesia que ha hecho una experiencia actual del Dios de Jesús como salvación concreta para nosotros.

Por eso, no se puede presuponer que como Iglesia venezolana seamos capaces de comunicar esperanza. No lo haremos por el mero hecho de ser teólogos, párrocos, religiosas u obispos. No seremos capaces de hacerlo, si nos definimos como funcionarios. Sólo seremos capaces de decir una palabra de aliento, si vivimos como discípulos, como iniciados en ese misterio de la misericordia de Dios que transfigura las vidas, pero exige pasar por algún género de muerte (Is 50,4-5).

La esperanza es una actitud básica caracterizada por la percepción de un horizonte de plenitud, por el convencimiento de que ese horizonte deseable está abierto para uno y por la tensión existencial hacia él

El concilio tiene que reinventar un lenguaje, si quiere decir algo que merezca la pena ser escuchado. Pero, para eso, tiene que exponerse: sacar afuera lo que tenemos dentro. Operación muy expuesta, porque a lo mejor se descubre que no tememos nada o porque lo que se dice, al ser real, resulta una bandera discutida y acabamos con el corazón traspasado.

Así pues, para evangelizar, la teología, el magisterio y el derecho canónico son radicalmente insuficientes. Ellos deberán ser tomados en cuenta; pero no nos dirán el evangelio que Dios tiene para Venezuela hoy. Ese evangelio no podrá contradecirlos, pero tampoco será una mera aplicación de principios. El único evangelio de Jesús deberá ser noticia para nosotros mismos, una verdadera nueva, no algo consabido. Y noticia buena, una nueva de salvación. Este evangelio no lo puede tener la Iglesia almacenado en un depósito. Por el contrario, ella debe buscarlo en cada ocasión. «Busquen ustedes mismos (retaba Jesús a sus contemporáneos) lo que es bueno» (Lc 12,57). Ustedes tienen que juzgar lo que Dios quiere en esta situación. «No digan que no saben interpretar la situación que les toca vivir!» (Lc 12,56). Son unos hipócritas si alegan que no tienen elementos de juicio. Es una tarea insoslayable: ni la podemos descargar en otros ni podemos contentarnos con lo establecido. Tenemos que discernir la situación que nos toca vivir para saber por dónde pasa el Espíritu de Dios salvando.

LOS FUNCIONARIOS NO PUEDEN DAR ESPERANZA. LOS PASTORES SÍ.

Pero nada podremos ver, si nos mantenemos al margen. Sólo la encarnación solidaria nos abre la puerta para esta comprensión. La luz de Jesús es la luz de la vida (Jn 8,12): sólo viviendo de un modo equivalente a como vivió Jesús (1Jn 2,6) seremos capaces de ver cuál es su evangelio para nosotros hoy. Vivir como Jesús es despojarnos de privilegios y hacernos uno de tantos (Fil 2,7). Los sacerdotes, en las distintas religiones, se separaban de los suyos para hacerse hombres de Dios. Jesús hizo lo contrario: para hacer de puente (eso es lo que significa ser pontífice) entre Dios y los seres humanos, compartió todas

La esperanza no es una doctrina que tenga la Iglesia y la trasmita independientemente del drama de la historia.

nuestras debilidades y pruebas. Así nos pudo representar realmente ante Dios y así nos reveló al Dios que condesciende hasta nosotros lleno de misericordia (Hbr 4,14-5,9). Así pues, la luz de Cristo sólo nos vendrá si nos situamos donde él se situó: adentro y abajo. Desde arriba y afuera no es posible ver ninguna nueva ni alegrarse de ella. Si nos asumimos como quienes estamos sentados en los sitios de honor en la mesa (como personeros de una institución prestigiosa) y no como quienes servimos a la mesa (Lc 22,27), no es posible abrirse a la novedad del Espíritu. Más bien tendremos miedo de cualquier novedad, porque la veremos como un peligro para nuestra estabilidad. La luz de la vida sólo es accesible a los ojos del amor.

La esperanza es la fe que tienen los pobres y quienes tienen hambre y sed de justicia de que Dios está del lado de los dejados de lado y de los que se solidarizan con ellos, y la fe en el dinamismo recreador de ese amor, que triunfa de la prepotencia y de la insensibilidad, del abandono, de la postración y de la muerte.

De ese amor que, como el de Jesús, simpatiza con las alegrías y esperanzas y se conduce de las angustias y sufrimientos de nuestros conciudadanos, especialmente de los pobres y de los que más sufren.

Así pues, la Iglesia venezolana no puede evangelizar al país, si no está dispuesta a beber el cáliz de la amargura con tantos que están pasando este trago amargo y a sumergirse con tantos que viven con el agua al cuello (Mc 10,38). En la cruz de Jesús, parecía sepultada para siempre la esperanza de las víctimas y de los solidarizados con ellas. Consiguientemente, la resurrección de Jesús sólo es buena noticia para las víctimas y para quienes dan la cara por ellas. La esperanza no es una doctrina que tenga la Iglesia y la trasmita independientemente del drama de la historia. Es la fe que tienen los pobres y quienes tienen hambre y sed de justicia de que Dios está del lado de los dejados de lado y de los que se solidarizan con ellos; la fe en que Dios está padeciendo su propia pasión; la fe en que nada ni nadie podrá separarlos del amor que Dios les tiene; y la fe en el dinamismo recreador de ese amor, en la energía de vida que contiene y que triunfa de la prepotencia y de la insensibilidad, del abandono, de la postración y de la muerte.

Un concilio de burócratas, satisfechos por la credibilidad de que goza su institución y preocupados por apuntalar su relevancia social, es incapaz de decir

una palabra de esperanza. Un concilio de verdaderos pastores que en tiempo de lobos no abandonan a la gente sino afrontan la situación hasta dar su vida por ella (Jn 10,10-14) sí puede transmitir a este pueblo el don de la esperanza. Esto significa que tenemos que entender este tiempo de gracia de la preparación del concilio como un lapso para construir el sujeto eclesial que lo posibilite, mediante una conversión que nos asimile al Pastor por antonomasia. Sólo así podremos nombrar densamente la esperanza cristiana.

La esperanza se nutre del lamento profético

La esperanza es contradictoria del optimismo. El optimismo parte del presupuesto de que la realidad es lo que es y es inútil intentar cambiarla. Desde esta desesperanza radical, el optimismo centra todo su trabajo en los sujetos. El objetivo es que cambien su percepción de la realidad (que vean lo agradable y aparten la vista de lo demás) y más aún que hagan lo que sea necesario para sentirse bien. No importa si su percepción de la situación era correcta y las causas que provocaban su estado de ánimo eran objetivas. Hay que cambiar el estado de ánimo, aun al precio de vivir en la irrealidad, es decir, del encubrimiento del estado de la situación y del propio sujeto.

Los cristianos, por el contrario, creemos que la verdad libera. No nos resignamos a vivir de ilusiones, porque no pensamos que la realidad sólo trae frustración. Como creemos en el Dios que resucita a los muertos y llama a la existencia a lo que no existe (Rm 4,17), como no creemos en el Dios de los que prevalecen sobre los demás sino en el Dios que reivindica a las víctimas (Rm 4,24-25), como sabemos que para Dios no hay nada imposible (Lc 1,37; Mc 10,27; Gn 18,14; Rm 4,21), por eso, nuestra fe nos capacita para mirarnos a nosotros mismos desnudamente y nos exige que miremos de frente a la realidad.

Como los ojos de la esperanza son ojos que miran con el amor solidario de Dios, lo primero que hacemos porque tenemos esperanza es despojarnos de la insensibilidad que se nos inculca por todos los poros como un veneno letal. La insensibilidad deshumaniza radicalmente. Por eso, si como cristianos vivimos de esperanza, recobramos el corazón y lo abrimos para ser afectados por la realidad. Eso es lo primero que Dios quiere: corazón (Os 6,6; cf Mt 9,13; 12,7). Jesús, que nos descubre lo que es vivir la plenitud humana, fue por eso ante todo un hombre de corazón. Él no se resignó a percibir la situación que le tocó vivir según los esquemas de la propaganda oficial (tanto la imperial como la del estamento eclesiástico establecido). Por el contrario, «viendo a la gente, sintió compasión de ella, porque estaban extenuados y postrados, como ovejas sin pastor» (Mt 9,36).

Eso fue también lo primero que hicieron los profetas: dar forma a la pasión de Dios por su pueblo. Ése es el sentido humanizador del lamento. El pueblo no tiene dolientes. Más aún, se le exige que se trague su dolor y que se resigne a su situación. Si el pueblo acepta esta ideología, se endurece como quienes lo explotan y abandonan. El lamento profético rompe esa conjura de silencio y, al expresar la pasión de Dios por los que sufren, les posibilita que reasuman su dignidad menoscabada, pues es nada menos que Dios (por el sacramento de alguien tan respetable como el profeta) el que pone los ojos en ellos como personas, tan estimables a sus ojos, que se pone a su lado y les abre su corazón solidariamente. Así pues, el lamento profético desvela lo que la ideología dominante oculta, e incluye una toma de posición radical en favor de los pobres y excluidos.

La pregunta que tenemos que responder es ésta: ¿cuáles son los lamentos proféticos en la Venezuela de hoy? De qué se duele quien siente la situación con el Espíritu del Mesías Jesús?

